

Y en la noche, a la hora de la cita
de la ventana y la amorosa queja,
el nebuloso madrigal moderno
suen a través de la historiada reja.

Y yo, poeta tuyo, al elogiarte
he revuelto tu historia y mi esperanza,
y digo todo mi entusiasmo joven
en versos hechos a la antigua usanza.

Aunque alma de ciudad noble y católica
te dio la España de don Carlos Quinto,
cada rincón tiene su encanto propio
y en cada barrio es tu perfil distinto.

Es tu Alameda la riqueza antigua,
la del palacio silencioso y grave.
La historia de la patria alzada en bronce
y entre el ramaje gris la bruma suave.

Providencia es la villa nueva y clara
para las vacaciones perezosas.
El cielo azul se ensancha recordando
amplitudes de playas luminosas.

Tu Recoleta es la Colonia austera
que se prolonga soñadoramente:
con sus campanas y con sus novenas,
no ha atravesado el río el siglo veinte.

En San Diego la musa callejera
revienta en coplas y en interjecciones,
y revuelve su risa en el estruendo
de los tranvías y de los pregones.

Y hay apaches morenos y canallas
que son irresistibles en las citas
con las pobres chiquillas de las fábricas
que son fatales, porque son bonitas . . .

Es esta calle, por su afán, sus fiestas,
sus risas, sus blasfemias y sus llantos,
una copa de vino derramada
en la desgracia y en el desencanto.

Ciudad, que el ardor vasto que gastaron
al entrarte a la vida los guerreros
quede vibrando siempre en cada uno
de tus ladrillos y de tus maderos.

Porque naciste entre sonoras lanzas,
y el heroísmo revolvió tu arcilla,
y la epopeya trasportó tus piedras,
vales lo que una octava real de Ercilla.

Porque la hazaña dibujó tus límites
y eligieron tu sitio las batallas;
toda la raza perderá su brío
antes que se derrumben tus murallas.

Ciudad! Que te renueves, y que el niño
sea tu misterioso centinela,
y que cada mañana te coronen
humo de fábrica y rumor de escuela.

Y ante todo el espíritu, Ciudad!
Que al través de las civilizaciones,
Atenas va cantando por el mundo:
edificad en vuestros corazones.

Que tu latido sea un poderoso
estruendo de cuartillas y canciones,
mientras estés forjándola a la patria
generaciones y generaciones!

JUVENCIO VALLE

Chile del sur

I

Ay, mi Chile del Sur, escuadra pura,
molino y remolino a la intemperie
y corazón plural en donde caen
las húmedas basílicas del cielo.

A tu estación abierta al sur marino
llega el invierno con sus carabelas,
con la humareda de sus transatlánticos
y sus vidrieras de esmeralda fría.

Ay, mi congreso pleno, a gran concierto,
refundido, celeste y repentino,

con tus altas botellas desparramándose
y tus verdes iglesias sensitivas.

Por las rompientes de tu vasta cámara
van tus reyes errantes cabalgando,
tus capitanes con el agua al cuello
y tus soldados con sus yataganes.

Ay, de tu vivo litoral de escamas
si el pez-espada pasa resoplando
en su claro vehículo corriente.
Autocarril descalzo, a pura sangre,
sin espuelas, sin alas, sin montura,
hace su curso libre por el agua.

Ay, tu coche esmeralda, Sur de Chile,
pulmón y corazón de pura línea
o caballo de escarcha redomado:
desde el Este al Oeste su manubrio,
su cometa terrestre o su cuncuna.

II

En tus tumbas de miel, como racimos,
duermen su sueño antiguo las cebollas,
aguza su lirio el diente carnicero
y las potentes quijadas del caballo
ponen a media luna su molino.

Van tus altos marineros de la noche
al abordaje con el remo al cinto
y el silbo sublimado en la garganta.
Van tus cisnes de grueso terciopelo
con el velamen de la luz en andas
y el tamiz y la leche en abanico.
Y tu atmósfera espesa, en que perecen,
ahogados entre oscuras plantaciones,
la oveja azul, llovida como un pino,
el sapo triste que trasuda tinta
y el pez helado de la cordillera.

Y tus vidas tenaces bajo tierra,
picapedreros ciegos, trabajando
en las dulces canteras vegetales;
inquilinos sin ojos, arrodillados,
a pura oreja fría, a sueño, a uña,
van buscándote el opio imponderable
y la dulce manzana incandilada.

Mulatos pobladores, silenciosos,
con el bronce en la boca, cuesta abajo,
con el pasto en el pecho enmarañado
y la harina en las manos mandolinas:
así le imponen órdenes al légamo,
así cincelan tu interior de templo
y sacan a flote tus escampavías.

Picotas, picaflores, hierro y luna,
tejas de puro lirio trasnochado:
así va el barro tibio haciendo su obra,
así extrae sus fósforos ardientes
o levanta hacia el mundo sus camisas.

III

Ay, mi Chile del Sur, cómo se mojan
tus enormes barracas de madera;
junto a su dura lámpara salada
cómo se moja el corazón del indio.
Lágrima, anís, vinagre, ajeno, hielo,
bajo tu Cruz del Sur, cómo se mojan

los muertos cementerios, las callampas,
los pájaros polares y las bestias.

Ay, mi Chile letal, cómo resuenan
de Norte a Sur tus tablas coloradas,
tus aserrines rojos, tus virutas,
tus astillas de débil consonancia.
Cómo zumban las pálidas bombillas,
los bastones con órganos sonoros
y los humosos árboles con flautas.

Y tu estanque glacial con tulipanes
ras a ras de tus cielos sin orillas,
y tus densas barandas que abren paso
al impulso lacustre de tus vidrios,
al recorrido de tus archipiélagos
y a tus roncros redobles submarinos.

Y el galope de junio entre los juncos
decapitando estrellas con su espada,
rompiendo surcos con sus uñas verdes;
el galope de junio, casco y diente,
sonando conos mágicos por dentro,
destruyendo floridas catedrales.

Y tus vastos barbechos, como océanos,
salpicados de harinas submarinas,
tus agrias sabanas convulsionadas
de resinas oscuras y betunes;
tus esfuerzos corsarios por la tierra
en donde abren su cáscara blindada
la avellana, la raíz y el hueso.

Y tus ulmos redondos como huso,
de cinturón y copa almidonada,
aguerrido el penacho rumoroso
y el temple vertical en el costado;
indeclinable el cuerpo paralelo
en el anhelo de vaciar la menta
y levantar su río de madera.

Y el buey, a cuestras con su sombra lila,
con su resuello de ídolo sagrado
y su flor animal como bandera;
con su hocico del sur, a gran espacio,
hace una cruz de lágrimas ardientes,
masca tus flores y te lame el trigo.

IV

El helecho levanta su perejil agudo,
su vertical con hojas de cilantro,
y en su fondo escondido están sus zumos:
la quinina, la esperma, la cerveza,
los óleos de las oscuras tuberías
y las descargas brillantes de la leche.
Tus caballos relinchan por el agua

zozobrando bajo pétalos mojados
y sus patas de acero desleído,
al abatirse en las corrientes muertas,
siguen el curso de tus correvuelas,
el tren expreso de tus rieles fríos.

A ras de tierra hundida va la máquina
con su motor marino a la deriva
y sus fríos zunchos por la carretera;
va resoplando lentas trinitarias
por un mar vegetal lleno de peces
y de coral de la epifanía.

Por una gris pizarra va el diluvio
con su piragua dando tumbos ciegos
y sus palomas como flor de olivo;
por un acuario en línea va corriendo
con su timón pegado a la cintura
y sus turbinas en un pie de guerra.

V

Allí sopla su verde cuerno el viento,
la betarraga inmóvil se arrodilla,
allí esgrime su lengua la cicuta
y la dulce lechuga expele su agua.
Y cómo yergue su boca a flor de leche
el pez que aún no asoma por la tierra,
cómo estalla la espiga a mediodía
y cómo quiebra sus huevos la culebra.

Y el alacrán con su tenaza viva,
y el caracol con su corneta amarga;
el cientopiés como un azul de Prusia
y la lombriz como alelí del agua.

Y tus crueles gigantes centinelas
removiendo tus copas suspendidas,
o agitando tus húmedas campanas;
y tu aleta caudal, de banda a banda,
despejando las zonas capitales
por donde en una súbita hecatombe
el cielo irrumpe por los tragaluces
y el agua universal por sus corimbos.

Y tu rama de luz, de copa en copa,
y tu copa de coral de rama en rama,
interponiendo sus resortes hábiles:
sus escalas de plumas temblorosas,
sus alambres de largo escalofrío
y los vaivenes de tus paracaídas

Y tus vivas mareas, como un nimbo
reverdeciendo bajo tus pataguas;
madurando tus cálidas semillas,

tu pie agudo, tus goteras sueltas,
tus emporios de sombras resumidas
Y tus noches, dormidas como un pueblo.

VI

Ay, tu médula triste, Sur de Chile,
haciendo deltas en tu dulce vientre,
haciendo túneles para tus raíces
y puentes de col a col y filo a filo:
por esos ebrios hornos pasa el hierro
con sus crespas banderas de aluminio.
En su pozo los tibios materiales,
en su luna las candidas violetas
y el barro de creación con sus gusanos:
el eje vela por sus regimientos,
la luz por sus purísimas pirámides
y el hilo sabio por sus golondrinas.
Paso a paso adelanta la metralla
sus carretas de ciego cargamento:
así va el bruto por los contrafuertes,
bufando apenas, maravilla arriba,
así se estira desde flor a tallo
o se orina en sus dulces alelés.

Ay, tus cántaros vivos, Sur de Chile,
tus columpios colgando hasta el vacío
y tus auroras como siempre vivas:
arquitecturas purísimas del aire
con sus sombreros de rigor a pausas
y en temblores de luz recrudescidos.
Ay, tus islas de pálida cintura,
tus corderos de lunas transparentes
y tus perros lejanos como lobos.
En un fluir de riel mediterráneo,
van tus ríos de túnica turquesa
corriendo como un tren desesperado;
van en una invasión de lirio frío
con sus largas espigas musicales
hacia los antrós de un espeso cuerpo.

Tiene largas gargantas ateridas
tu vivo viaje al polo, flor de nube,
tiene delgados mundos en los dedos,
lunas como raíces apretadas
y máquinas giratorias sobre el pecho.

Junto a tu alto y celeste acorazado
sin horario pendiente, sin memoria,
las sombrías y lóbregas violetas
caen a plomo ciego en tus toneles;
vibran al viento las escarapelas
y tu espeso y herido firmamento,
como un cuerpo que zumba por el agua,
en sus precipitadas fundaciones
hace más viva tu desgarradura.